

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:
Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

«Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado.»

(Jesu ríe a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Calle de Casimiro Velasco, 33, 2.º dcha.

ISCARIOTE

El director entra olímpico en la redacción, pasea su altiva mirada sobre la media docena de forzados que escriben o leen o manejan la tijera, les echa como de merced un gruñón «buenas noches», sale de allí de nuevo y grita imperativo:

—¡Canseco!

De un ventanillo, sobre el que hay un letrero que dice: «Administración» sale una voz aflautada y servilona:

—Mande usted...

—Venga conmigo, ordena el director.

Y al instante se ve seguir, tras él, mansurrón y obediente, a un pobre diablo, tan aflautado todo él como su voz.

Y ya en la dirección pequeña estancia rebosante de impiedad y de pornografía por mesas y paredes, interroga el amo.

—¿Tampoco hoy ha venido Arellano?

—Tampoco—modula el flauta.

—Pues bien—se encoragina el director—esto no puede seguir así. Estoy harto de él y de esa ralea de redactores que no me sirven para nada, y me están matando el periódico con su mojigatería y su insulsez... «La Antorcha» se muere...

Los voy a echar a la calle, continúa el director—y me voy a lanzar a la busca y captura de un cura.

—¿Se espanta usted?—pregunta iracundo el dueño—¿no cree usted que lo que aquí necesitamos es un cura?... ¿No ve usted que por no tenerlo vamos quedándonos atrás?... Y yo voy a buscarlo; es decir usted y en secreto, para que no se altere ninguno de esos idiotas y nos deshaga la combinación.

—¡Es difícil! ¡es difícil!... No sé si sabré...

—replica Canseco.

—¿Ha sido difícil para otras redacciones el encontrar un clérigo renegado?—barbotea, rabioso, el director.—Y lo que otros tienen ¿no lo tendrá «La Antorcha»?...

¡Oh Dios, qué triste tipo, qué infeliz desgarrado, en su raído traje gris de americana, en la cursi fantasía de una corbata roja!

¡Oh Dios! ¿Se llama Judas? Se podría llamar vicioso, hambriento, desobediente, necio...

El director sentado en su sillón clava la mirada, rebosante de pérfida alegría, en el mísero ser que tenía ante sí.

—Siéntese usted—mandó.

El otro se sentó y el director se puso a exponerle su plan.

—De estos redactores que ahora tengo no puedo fiarme... No saben, no atinan, no

dan en el clavo... Eso de escribir contra los curas... ¡perdone usted... repitiendo los fríos razonamientos de un Diccionario filosófico... el de Voltaire pongo por caso, no va a ninguna parte. Y el inventar historietas alegres o crímenes sensacionales o fugas de beatas, trae sus quiebras... Con lo que usted sabe y ha estudiado, con lo que haya observado en el medio clerical en que ha vivido, tiene usted ya bastante para ocupar un lugar señalado en «La Antorcha»...

—Ya comprendo lo que usted desea—dijo con petulancia el miserable.—Usted quiere golpes que verdaderamente hieran, latigazos que hagan saltar la sangre de tanto fariseo, frases certeras y demolidoras...

—¡Eso, eso!—exclamó el director.

Y el nuevo Judas, guiñando sus miopes y cínicos ojuelos, continuaba:

—Tengo ansia de trabajar por la verdad, de pelear por ella, de desenmascarar hipócritas, de patear ídolos... Conozco el flaco de la Iglesia Católica, sé a dónde hay que amagar y tirar... Estoy harto de trabas... ¡y anheloso de libertad!... Usted, señor director, fiado en mi prudencia, me dará carta blanca ¿no es eso?... Pues bien, milagros, misas, indulgencias, jerarquías, confesión, arrogancia del clero, influencia de los frailes, maquinaciones de los conventos, secretos del dogma y de la moral, todo, todo irá bueno, todo irá por la borda...

—Estoy viendo—le interrumpió el amo de «La Antorcha»—que usted hará carrera y que mi periódico no tendrá que envidiar en lo más mínimo a los otros de las mismas ideas, pues mi cura... ¡perdone usted!.. mi cura dará quince y raya a los curas de las otras redacciones...

Siempre que se pone a escribir para el periódico—y escribe todos los días—se alza en el fondo de su alma una voz inflexible y justiciera:

—Eres un traidor, un apóstata, un renegado, y sobre tu negra conciencia pesarán desde ahora nuevos y más irremediables crímenes...

Necesito vivir—piensa el desventurado, tratando de amordazar la voz acusadora—y antes ni aún eso era posible para mí.

—¡Mientes, gran cínicol—replica ella irritada—porque en tu infancia y en tu juventud y mientras fuiste bueno, aunque en pobreza humilde, nunca jamás te faltó el pan de Dios... Lo que quieres es gozar, ganar dinero, sincerar tus caídas y tus desobediencias, excusar tu traición...

—Lo que quiero—brama él interiormente—

te—es aplastarte y pulverizarte y pisotearte para que me dejes en paz de una vez para siempre.

Y sigue escribiendo:

«...Porque Roma es el colosal pólipo monstruoso...»

Y la voz, implacable, le ataja:

—Has pisoteado la sangre divina, pero yo, aunque me pisotees a cada instante, no cesaré de clamar ante ella justicia contra tí... No lograrás hacerme callar, no me amordazarás como dices... Anda, continúa escribiendo, sigue vomitando blasfemias por esa boca que tantas veces comulgó, sigue destilando veneno por esa pluma que sostiene tu mano ungida, sigue vaciando en frases de burdel y en diatribas bestiales toda la podredumbre y todo el odio de tu corazón... que tantas veces se inclinó tembloroso de emoción sobre el altar...

—¡Bien! ¿y qué?—se revuelve él rechinándole los dientes.—Odiar insultar, vengarme, eso es lo que quiero, ese es mi fatal sino...

—¡Si tu madre viviera!—dice, triste la voz.

—Y él, ante el santo recuerdo, profanado también, queda en suspenso, mas se repone pronto y se lanza a escribir de nuevo villana y soezmente.

Al terminar el primer mes de su estancia en «La Antorcha» le ha llamado el director y le ha dicho:

—Quedamos en que le daría a usted cincuenta duros, pero ahora no puedo darle más que treinta.

El relámpago de sorpresa y de ira que ha brillado en los ojos del cura apóstata se ha ido amortiguando al oír lo que el director continúa diciendo.

—El periódico, gracias al atractivo y al brío de su pluma, ha ganado numerosos lectores, pero aún está sufriendo las consecuencias de pasadas crisis. Siga usted tan valiente y tan certero... No treinta duros ni cincuenta, sino más ha de ganar usted... Pero hoy por nuestra *Antorcha*, contétese con treinta...

—Y el triste tipo ha alargado su mano—aquella mano que sostuvo a Cristo—la ha alargado para recibir lo que han querido darle, y ha continuado en la vergonzosa y dura esclavitud, tanto más dura cuanto suave era el yugo que el claro día de su ordenación echó sobre sus hombros.

J. Le Brun.

JERUSALEN...!

Ninguna ciudad ha sido tan desgraciada como la capital de la Judea.

Jerusalén, preciosa y pulcra entre las bellas ciudades de Oriente, ha caído diez y ocho veces bajo el imperio de pueblos extraños, después de haberse saciado con los espantosos estragos del hierro y del fuego.

Tiembla el alma cuando se leen los vaticinios de los libros sagrados, referentes a estos sucesos y más si se cotejan con las narraciones de las historias profanas y en especial con las espeluznantes reseñas de Josefo: diríase que fueron escritos en las tiendas de campaña a los resplandores de las llamas destructoras.

¿Quién no ve la mano de Dios en la cadena apenas interrumpida de asedios, conquistas, saqueos, hambres, epidemias, incendios y devastaciones, que hacen de Salem, *mansión de paz*, morada nativa de la guerra?

Sin embargo, la hermosa hija de Sión, fundada por el sacerdote Melquisedech, coronada como reina del pueblo de Jehová, bendecida con el incienso de su Templo maravilloso y ungida con las lágrimas del Redentor, no se convierte, y apedrea a los enviados de Dios, da muerte a los Profetas, cierra sus ojos en presencia del Mesías, desoye sus amorosas quejas, y desprecia sus terribles amenazas, levanta un infame patíbulo en la cumbre del Gólgota y sella la frente de sus hijos y el empedrado de sus vías con la sangre del Salvador.

¡Estigma horrendo que la maldición divina graba para siempre con caracteres de reprobación!

Tampoco ciudad alguna ha sido tan culpable como la Ciudad Santa.

Por eso, Dios arma sin piedad el poderoso brazo de Tito e hinche de furia exterminadora el pecho de la soldadesca: lanza los ejércitos romanos a degüello y atiza dentro de los muros sitiados sangrientas discordias fratricidas.

Derriba las murallas y destruye sus fortalezas, desploma el Templo y calcina sus cimientos, arrasa la urbe y tala sus campiñas: un número incontable de judíos muere crucificado a la vista de sus coterráneos, que también han de pagar el tributo de la muerte con todo linaje de tormentos.

Millares y millares de cadáveres yacían insepultos en las calles y en las casas, y siembran la peste que multiplican la mortandad y la ruina por todas partes.

¿Qué más? El oro que pudo salvarlos, como en los días de Herodes, acabó de destruirlos, porque sirios, árabes y romanos abrían en canal los cuerpos de los fugitivos y de los muertos para buscar en sus entrañas las monedas y las joyas que, según rumores habían tragado.

Los pocos moradores que sobrevivieron, fueron esparcidos por la justicia divina como ceniza de un pueblo extinguido.

¡Ah!, y qué acertadamente dijo San

LA MUERTE DE JESUS

¡Oh víctima preciosa
Ante siglos de siglos degollada!
Aún no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpado mundol
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:
Al santa perdonad, muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Si la impiedad os guía
Y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas ¡ay! que eres tú solo
La víctima de paz, que el hombre espera
Si del oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado
No expiación, fuera pena del pecado.

Ven, ángel de la muerte:
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado
Do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno; ¡oh tierral
Rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo.
Yace el Creador; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere... Gemid humanos;
Todos en El pusisteis vuestras manos.

Alberto Lista

Agustín: «*crucifixerunt Salvatorem suum et fecerunt damnatorem suum*»: pusieron en la cruz a su Salvador y alzaron sobre sus cabezas al supremo dictador de sus desdichas.

Todos los años la Iglesia católica conmemora la Pasión y Muerte del Redentor, y recoge en los Oficios de Semana Santa los sagrados alaridos del profeta Jeremías por la destrucción de Jerusalén.

Jerusalén seguirá siendo en el curso de los tiempos tumba colosal de la raza impía, símbolo horrendo de la ira divina.

Tan aterradora impresión causó su vista en el alma de Chateaubriand que exclamó; «aunque viviera mil años, ja más podré olvidar este desierto, que todavía parece respirar la sublimidad de Jehovah y los espantos de la muerte.»

¡Y aún hay gentes insensatas, pueblos estúpidos, que gritan en sus plazas: «no queremos que Cristo reine sobre nosotros», y no reparan que la mano de Dios aplasta los palacios y las guardillas de las ciudades sibaritas!

Piden con cínica obstinación que caiga sobre sus calles la sangre del Justo, y no ven que las cruces de los aeroplanos se levantan por encima de los tejados y lanzan el exterminio sobre las naciones prevaricadoras!

Despertad, impíos, y volved a Dios vuestros rostros.

Francisco de Uriarte.

El eterno constructor

El secretario entró a decirle:

—Ilustrísimo señor, la comisión de las mujeres de Molino Florido.

—Que entren, respondió el Obispo. Y entraron.

Eran doce, pertenecientes a la clase media y la popular; esposas, hijas, hermanas de caseros, pequeños propietarios, jornaleros y obreros de las fábricas de papel.

Una casera fué quien llevó la palabra:

—Ilustrísimo señor: deseamos tener una iglesia en la aldea. La más cercana está a tres kilómetros largos, porque hace diez años la aldea de Molino Florido no existía. Para mandar nuestros hijos al Catecismo, enterrar nuestros difuntos, oír misa o casarnos, tenemos que luchar diariamente con grandísimas dificultades. Así, hemos fundado un Comité, solicitamos donativos, compramos un terreno, y nos quedan aún diez mil francos para empezar. Para lo demás, confiamos en la Providencia y en su Ilustrísima.

La casera dijo estas frases con voz reposada, resuelta, como mujer que sabe bien lo que se ha de decir y cómo se ha de decir.

El Obispo mirólas a ella y a sus compañeras un momento, y súbitamente preguntóles:

—¿Pero es que no hay hombres en Molino Florido?

—¡Sí, ilustrísimo señor!

—¿Y por qué no han venido?...

—¿Que por qué?... Porque es día de labor... y todos trabajan... Y además, ya sabe su Ilustrísima, los hombres, en el fondo, no son malos; pero no se atreven...

—Es que precisamente yo quiero que se atrevan... Es que no les daré un sacerdote sino con la expresa condición de que no han de continuar en la actitud vergonzosa o despreciativa de ciertas aldeas, que quieren tener un cura y no servirse de él. Un sacerdote no es una cosa de lujo... ¡Un sacerdote es la fuerza preciosa con la cual se suscitan los cristianos!... ¡Y mi deber en la época actual es sacar el mayor partido posible de esa fuerza!

—Pero, ilustrísimo señor, crea su Ilustrísima que en Molino Florido hay mucho que trabajar...

—¿Se comprometen ustedes a reunir en torno mío, el día que se ponga la primera piedra, la mayor parte de los hombres de la aldea?...

—Ilustrísimo señor, estamos seguras de que lograremos que acudan casi todos.

—Bueno; convenido... ¡iré!

—¿Y cuándo?

—¿Les parece bien el día de San Pedro?

—¡Excelente, ilustrísimo señor! Su Ilustrísima colma la medida de nuestros deseos.

Es el día de San Pedro.

La cumbre de la colina en la cual se

asienta la aldea de Molino Florido está cuajada de gente.

Doscientos hombres rodean al Obispo... Caseros, jornaleros, pequeños propietarios, obreros de las fábricas de papel, boyeros, viñadores... con los vestidos de fiesta los unos, los otros con los de trabajo.

A sus pies, el histórico Sena parece que rer acercarse a la colina para añadir esta nueva página a sus innumerables recuerdos.

Sobre esta escena extiéndese un cielo cuya limpidez empañan a ratos algunas nubes que lo cruzan veloces.

El Obispo toma la palabra:

—Comprendo, amigos míos, el sentimiento religioso que os mueve a desear una iglesia, y ante él me inclino con respeto. Sin religión, el hombre, principalmente si es bueno, es el ser más desgraciado, porque sus mayores aspiraciones carecen de base. La religión es la que da fuerza y esperanza.

...Pongo la primera piedra de la futura iglesia para que seáis fuertes en las tentaciones, las pruebas y los pesares... ¡Para que, mirando ese hermoso cielo que ahora nos inunda de luz, sepáis que vuestra verdadera Patria no está aquí abajo, sino allá arriba... ¡Que en nosotros vive un alma inmortal, y que a esta alma hay que salvar.

Vamos, pues, todos juntos a unir nuestros esfuerzos para levantar esta iglesia... Pero antes tengo que haceros una pregunta... ¿Os comprometéis a servir de esta iglesia?

A una voz contestaron todos:

—¡Sí!

...—¿Y no solamente para vuestros enterramientos y vuestras bodas, sino que os comprometéis a venir con regularidad todos los días festivos?

—¡Sí, ilustrísimo señor!

—¿Me prometéis no imponer a vuestro cura el suplicio atroz del aislamiento...?

—¡Sí, ilustrísimo señor!

—Y para condensar en una sola frase y

con exactitud mi pensamiento, ¿os comprometéis solemnemente, a la faz del cielo y de la tierra, a mostraros siempre hombres de buena voluntad?

—¡Sí, ilustrísimo señor!

—Entonces, en nombre de Dios Todopoderoso y a su gloria... pongo aquí la primera piedra de esta iglesia *que vosotros habéis querido*... a ella vendréis... a ella traeréis a vuestros hijos... la consideraréis como vuestro primer hogar... como el relicario de vuestros más caros recuerdos... ¡Y en los días difíciles a ella vendréis a buscar aquella fortaleza que sólo a los pies de Cristo, amigo de los pequeños y de los humildes, se halla...

El Obispo cogió entonces la llana e hirió con ella tres veces la piedra, regalada por un maestro cantero.

Llamó luego al hambre más cercano, púsole la llana en las manos, y díjole:

—¡A vosotros os toca ahora... y a vosotros más que a nadie!

El hombre hirió la piedra.

Y después de él todos los hombres de la aldea desfilaron solemnemente. Y cada uno daba su golpe y se iba gravemente, signándose, con torpeza a las veces, pero siempre con emoción.

Diríase que en ellos sus descendientes reencarnaban, a través de los siglos, los antepasados... aquellos que se batían *pro aris et focis*.

Y a mí, desde mi rincón, contemplando aquella escena... escuchando aquellos golpes que resonaban enérgicamente en el sillar del granito, parecía oír, a veinte siglos de distancia, el eco inmediato de las palabras de Cristo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...»

Y en mi corazón de sacerdote, bendecía al eterno constructor...

Pierre l' Ermite.



Otro amigo queridísimo y suscriptor fundador que se nos fué, piadosamente pensando para otra vida mejor, la mansión de los escogidos, porque era de los que practicaban con verdadero fervor la Doctrina de Cristo Redentor.

Don José Domínguez Gil y García Valdés

que falleció en esta villa el día 8 de marzo de 1933.

Contamos en su distinguida y apreciable familia muchos suscriptores valiosos, propagandistas ejemplares y donantes espléndidos, a la vez que celosísimos y acertados consejeros a quienes hemos acudido no pocas veces, y todo esto hace que en su sentimiento por esta pérdida tan irremediable como dolorosa, nosotros participemos con la intensidad que produce una buena amistad y un sincero agradecimiento.

Ténganlo en cuenta su distinguidísima esposa, sus hijos, hermanos y demás familiares y todos nuestros suscriptores y lectores, a quienes suplicamos en caridad una oración por el alma del finado, que de Dios goce.

R. I. P.

Lector amigo, ¿te gusta "RELIGION Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

Un mal pensamiento

—¿Qué tienes, hijo mío?—le preguntaba el Cura.

—El maldito euforbio me ha hecho estornudar mucho esta semana, pero aún me amarga más el acíbar; el día que la pico tengo ya hiel en la boca para tres meses.

—Acuérdate de la que le dieron a nuestro Señor Jesucristo; más pasó El por nosotros; ten paciencia, hijo.

Y Camilo tenía paciencia porque tenía fe.

Su madre le había enseñado a mirar las penas de este mundo como peldaños de la escala que conduce al otro.

«Hijo mío, le había dicho, cuando se te claven las espinas del dolor, piensa que a este mundo no hemos venido a gozar, sino a perfeccionarnos.

Cuando te veas obligado a sufrir cosas repugnantes, acéptalas con alegría por amor de Dios y piensa que Dios te lo pagará».

Camilo lo hacía así al pie de la letra y su existencia fué deslizándose sobre las asperezas de su tío como arroyo manso sobre lecho de guijarros.

¡Pueden tanto las buenas ideas, para conservar la paz del alma!

Por todo el oro del mundo no hubiera cambiado Camilo sus esperanzas del cielo, donde confiaba volver a ver a su madre.

Pero una noche, la noche que asomó la cabeza por el ventanillo del obrador, encontró abiertas las puertas del infierno.

Aquella noche, las risas de los contertulios de la botica le llamaron la atención. El nunca se había fijado en las conversaciones con que mataba el ocio aquel nido de escorpiones. Pero aquella vez le picó la curiosidad; cedió a ella, y acto continuo, los escorpiones le picaron.

Dios le castigó por curioso como a Eva y le arrojó del paraíso hecho un Adán.

Del papel de serpiente se encargó su tío.

Hemos dicho antes que el sermón del Cura contra el librepensamiento dió ocasión a una sesión divertidísima en la tertulia del boticario.

D. Torcuato echó en ella el resto, y dando al traste con todo miramiento, comenzó a hablar contra la religión de tal manera, que su boca se convirtió en un ariete.

Voltaire, Rousseau, Renán, cuantos autores impíos y blasfemos había leído durante su vida larga y mala, todos salieron a rodar y le suministraron contingente para acabar con la poca fe que podía quedar al auditorio.

Camilo se quedó con la boca abierta. Nunca había escuchado argumentos como aquellos.

¿Será posible?—pensó entre sí— ¡la religión es una mentira!

Inmediatamente sintió que le venía a la boca todo el acíbar que había picado en los dos años que llevaba con su tío.

¿Con que es mentira lo que me dice el cura? ¿Con que no es verdad lo que me decía mi madre? ¿Con que no hay cielo? ¡No hay cielo, Dios mío! y yo paso mi vida sufriendo el purgatorio, y luego nada... nada, como dice el tío *Vueltoalatre*.

Aquella noche Camilo no pudo dormir. Encerrado en el cuarto contiguo al obrador, donde tenía la cama, parecía que las paredes se le venían encima.

Mil fantasmas monstruosos cruzaron por su imaginación.

Parecióle que veía a su tío con una barriga muy gorda que se reía de él y de su fe cristiana, mientras apuraba la copa de todos los placeres.

¡Pensad y consolaos, los que tanto la habeis amado!

Pasó muchos días sufriendo y noches llenas de dolor; pero el Señor la sostuvo y la sacó de este mundo para glorificarla y hacerla digna de Sí.

La alegría de nuestra alma ha desaparecido al faltarnos su compañía; pero la promesa de que las almas justas están en el seno de Dios, consuela nuestra fe.

La bondad de su corazón la hizo estimar de cuantos la conocieron; su memoria será siempre bendecida.



LA SEÑORA

D.^a Josefina Villa y Villa

descansó en el Señor

el día 12 de Marzo de 1933

confortada con los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica

Su director espiritual, su desconsolado esposo, sus hijos, padres, hermanos y demás familia a los que se une el Director de RELIGION Y PATRIA, muy íntimo de esta apreciable y cristiana familia, suplican en caridad la tengan presente en sus oraciones.

R. I. P.

Melchor Osorio

RELOJERIA Y JOYERIA

Pl y Margall, 13 -:- GIJON

Venta de todos los artículos del Ramo, sin competencia.

Compra de oro, platino y brillantes
Pago todo su valor.

LA

Librería Palacios

Continua liquidando

en

Santa Rosa, n.º 4

—: Gijón :—

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. I. de S. —Balmori.—Fin julio 1933.

Sr. D. F. M. F.—Sta. María de Grado.—Fin febrero 1934.

Sr. D. J. F.—Villavieja.—Fin 1933.

Sr. D. F. M.—Quintes.—Fin mayo 1933.

Sr. D. P. P.—Zaragoza.—1932.

La blasfemia denigra, embrutece y trae sobre el blasfemo la maldición de Dios.

Imprenta «La Reconquista» :: Gijón.

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Detalle: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Telegramas y telefonemas:
GALONSO

Teléfono Detall: 2912
Teléfono Almacén: 2913

Almacenes de Ferrería, Quincalla, Loza y Cristalería: Artículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica
: Enfermedades del Pulmón y Corazón :

Consulta: de 11 a 1 :: San Bernardo, 143 :: Teléfono, 1219 :: G I J O N

SIDRA CHAMPAGNE

“ZARRACINA”

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas

INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJON

LUIS BASURTO QUÍMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico
Fluoruro de Sodio

Pasta para esmerilar, rápida
Espato-Flour, en piedra y molido

LABORATORIO de análisis minerales e industriales

Príncipe, 16—Apartado 174 :: GIJÓN

Luis Infiesta y Castro

(Antes Acebal, Rato y Comp.^ª)

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28

—: GIJON :—

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.

Piezas de recambio para las mismas
Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, bancos de jardín y cuantos encargos se hagan

Rápida entrega de los pedidos

“La Fama Asturiana”

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.

Pídase en las tiendas de ultramarinos.

OBRAS TEATRALES (De propaganda social)

El Anarquista.....	1	peseta.
Mitin socialista.....	1	»
Jauja.....	1	»
El Señorito.....	1	»
El Requeté.....	1	»

Certificado, 0,30 de pta. más. Los pedidos a esta Administración.

Colecciones de RELIGION Y PATRIA años 1928-29-30-31 32, a 4 pts. cada año.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

de más antigüedad de la provincia

Teléfono 17-20. — Gijón

PREMIOS PERMANENTES
Primer premio: «Economía»

Francisco Prendes Pando

ABOGADO

SOMIÓ -:- GIJON

TOS

Una taza bien caliente corta la tos, sarpas, gripes, etc.



En todas las farmacias y Ronda Universidad, 6 Barcelona

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Capua, 31

GIJON

C. Teléfono 2934

Doctor Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso

Cincuenta y cinco años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde
Corrida, 63 — Teléf. 490. GIJON